

ENTREVISTA CON: JESSICA BENJAMIN

Por **Juan José Martínez Ibáñez¹**

con el apoyo en la traducción de **Luis Sandoval**

P: ¿Podrías hablarnos acerca de otros aspectos de tu vida, más allá de lo que conocemos a través de tus trabajos? Por ejemplo, ¿qué fue lo que te condujo hasta el psicoanálisis? ¿Qué hizo que te acercaras al modelo relacional? ¿Cuáles son los autores que más te han influido?

R: De hecho, acabo de entregar un artículo a IARPP Nueva York hablando precisamente de todo esto... y ahora tengo que volver a contarle todo (ríe).

P: Las personas famosas sufren este tipo de problemas, supongo...

R: No, pero en concreto, en este artículo sobre la intersubjetividad decidí describir las influencias que me han conducido hasta la posición que sostengo en la actualidad. Y explicaba cómo cuando era joven viajé a Frankfurt para estudiar la teoría crítica. Mientras me encontraba allí Habermas publicó su libro sobre conocimiento e interés humano, en el que hablaba sobre la intersubjetividad. Esta fue la primera vez que escuché el término, en 1968. Él se refería además a la teoría de la competencia comunicativa y tenía un ayudante que estaba trabajando sobre marxismo, socialización y teoría psicoanalítica. Y desde luego a la teoría crítica tiene una historia de fusión de marxismo y Freud, pero también de haber sido muy influida, claro está, por elementos de Nietzsche y otros. Así que Habermas se estaba alejando de la idea del ser humano como fuerza obrera y productor, hacia el ser humano como comunicador. Y esto resultaba un movimiento muy importante, en términos de la intersubjetividad. Y simultáneamente, el movimiento estudiantil, que evidentemente estaba muy activo en 1968, estaba rescatando textos pedagógicos psicoanalíticos de los años 20 en Viena y Berlín, y sobre las primeras teorías sobre desarrollo infantil y cuidados maternos que se habían llevado a la práctica por entonces, en los años 20 y 30. Así que comenzamos a contar con estos centros de atención infantil alternativos, porque claro está, en general continuaban en cierta medida bajo la sombra del fascismo por entonces. Por lo que existía un interés



importante en desarrollar nuevas ideas sobre pedagogía y cuidados maternos. Sí, yo ya estaba muy interesada en el psicoanálisis y empecé a sentir también interés en trabajar con niños pequeños, así que mis primeras experiencias fueron en este contexto. Antes de viajar allí, en Estados Unidos, tuve breves contactos con el feminismo, y lo que más me preocupaba sobre los movimientos estudiantiles y también sobre la teoría crítica, eran los aspectos y elementos patriarcales, por ejemplo la idea de la teoría crítica de que se necesitaba un padre fuerte como fuerza para la liberación, porque sólo disponiendo de una figura de autoridad y revelándose contra ella podría generarse un tipo de sensibilidad de liberación. Yo estaba muy en desacuerdo con esto. Creía que la autoridad generaba más autoridad. Así que, ¿qué más puedo contarte sobre mi doctorado? Bueno, que por entonces escribía sobre teoría crítica y psicoanálisis, y mi analista fue Emmanuel Ghent, quien luego se convirtió en uno de los primeros analistas relacionales y me ayudó a plantear mi tesis en términos de la teoría de relaciones de objeto, Winnicott, Fairbairn, aunque también Laing, a quien yo ya había incorporado de Europa. Traté de mostrar cómo un punto de vista intersubjetivo, que se centra en el reconocimiento y se basa en la idea de reconocimiento de Hegel, puede resultar un mejor punto de partida para la teoría crítica de la sociedad, que busca explicar la dominación, incluida la dominación de la mujer. Era precisamente esto lo que yo estaba tratando de hacer. Muy ambicioso pero... [ríe] no publique la tesis y era en muchos sentidos precisamente el trabajo que Mitchell y Greenberg realizarían más adelante. Trataba sobre la teoría de relaciones de objeto, pero yo no poseía ninguna experiencia clínica todavía, tras finalizar mi tesis en 1977-1978, y comencé a interesarme por la investigación en bebés y descubrir los trabajos de Daniel Stern y Beatrice Beebe. Me reuní con ellos y me propuse realizar una estancia postdoctoral en psicología, e investigar sobre madres de bebés. Y se dio la circunstancia entonces de que pude comenzar una formación psicoanalítica, en el programa post-doctoral de la Universidad de Nueva York. Y aunque no era psicóloga, admitían a unas pocas personas que no lo eran. Y como yo había escrito ni tesis sobre psicoanálisis, me admitieron. En mi clase estaba Beatrice Beebe, quien me permitió trabajar en su proyecto de investigación, que estaba centrado en las relaciones entre bebés de 4 meses y niños de 1 año, y empleaba el modelo del apego. Así que comencé a trabajar en el apego. Esto fue antes de la entrevista de apego de adultos, así que yo trataba de entender lo que ellos buscaban descubrir, y yo estaba interesada en otros aspectos y... en realidad no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero bueno, no importa... [ríe] no tenía ni idea de cómo hacer investigación con entrevistas. Y durante este tiempo me quedé embarazada de mi primer hijo. Me dedicaba a hacer registros de situación extraña y a estudiar el modelo de apego infantil, a analizar el interjuego cara a cara, y a tener mi primer hijo. Y a hacer mi formación psicoanalítica. Y sin embargo, al mismo tiempo que hacía todo esto, [ríe] o justo antes de todo ello, decidí que quería hacer algo completamente distinto. Quería hacer algo sobre la teoría feminista y era el 30 Aniversario de *Second Sex*, así que organicé una gran conferencia sobre ello. Y al mismo tiempo me dedicaba a leer de multitud de fuentes. Leía a Simone de Beauvoir y pensaba acerca de su concepción

del problema del reconocimiento del otro, y esto tuvo un gran impacto en mi decisión de escribir *The Bonds of Love*, el libro que realmente unía la teoría feminista, los estudios sobre primera infancia y la crítica a Freud que ya había realizado durante mi tesis. Así que tenía todos estos propósitos y quería unificar los en un libro, lo que parece una locura [ríe]. En 1979 escribí un artículo llamado *The Bonds of Love*, que fue la base del libro y en el que describía las relaciones entre Winnicott, Hegel, de Beauvoir, *The story of Oath*, así que realice esta fusión de ideas en 1979-1980, justo antes de comenzar con mi formación psicoanalítica. Bueno, ya sabes cómo son estas cosas... [ríe]. Me llevo mucho tiempo. No publiqué el libro hasta 1988. Tenía mucho trabajo que hacer entre medias.



En cualquier caso, así fue como fui desarrollando mis propias ideas sobre intersubjetividad. Creo que me alegro mucho encontrarme con los trabajos de Daniel Stern y otros, como Sandler y Trevarthen. Descubrir que Trevarthen, por ejemplo, había tomado el término intersubjetividad de Habermas. Así que comprobé como había un nexo entre ellos. Lo central que estábamos haciendo era reescribir el psicoanálisis, desde un punto de vista no sólo de que hay dos personas, que fue desde siempre la idea relacional por excelencia, si no desde la idea de la centralidad de la comunicación, de que el cambio real entre nosotros es lo central, y que incluía la comunicación no verbal. Así que esto fue siempre lo que intenté construir, desde la década de los 70. Y pienso que todos estos recorridos distintos: la investigación infantil, la teoría crítica, la teoría de relaciones de objeto, el pensamiento Hegeliano, todas estas cuestiones podían confluír de cierto modo, por lo menos para mí en ese momento. Junto al proyecto del feminismo que desde

luego resultaba central para mi generación, y que situó a la madre en el centro de la historia. Así que nada de esto ha cambiado. No se ha perdido ninguna de estas influencias. Por tanto, no creo que mis influencias provinieran en del psicoanálisis relacional, porque no existía por entonces.

P: Desde luego fue mucho antes. Visionario realmente.

R: Sí, realmente no sabía hacer psicoanálisis relacional. Sólo sabía cómo desarrollar un marco conceptual que luego encajó muy bien con el psicoanálisis relacional. Por ejemplo, la idea de subjetividad materna encajaba bien con la idea de la subjetividad del terapeuta. La idea de la interacción entre el bebé y el cuidador encajaba bien con nuestra comprensión del procedimiento de interacción. O la idea de ruptura y reparación encajaba con eso mismo en la terapia. Pero esos nexos no existían todavía. En lo que más me centré fue en la idea de Winnicott de disrupción del objeto, porque en ello ya podía ver un cambio enorme en nuestra perspectiva sobre la terapia. El procedimiento ya estaba cambiando en esa dirección, desde las ideas sobre el Complejo de Edipo y demás, hacia una dimensión intersubjetiva muy distinta donde lo más importante es reconocer al otro como un ser humano independiente. Pude conservar la idea central en Winnicott, y aún sigue con nosotros. Recuerda que Winnicott introdujo estas ideas en 1971, no mucho antes de cuando yo escribí mi tesis.

P: Tiene todo el sentido...

R: Sí, llevó mucho tiempo desarrollar aquella idea. Pero si lo piensas, un gran número de influencias se unen. ¿Cómo llegar desde Hegel hasta Winnicott?[ríe]

P: ¿Cómo era el clima cuando Mitchell y Greenberg escribieron Object Relations in Psychoanalysis? ¿Y cómo fue tu implicación en todo ello?

Bueno, como te he dicho anteriormente, yo ya había desarrollado buena parte de esas ideas en mi tesis. Para muchos descubrir ese libro supuso todo un cambio radical. Para mí fue verdaderamente importante el que Mitchell viniera en persona a nuestro programa, y nos ayudará a establecer el rumbo relacional: la parte relacional del programa, porque era muy Freudiano ortodoxo y algo básico; muy poco evolucionado en lo interpersonal. Así que contamos con el apoyo de un par de personas, como mi analista Emmanuel Ghent, que estaba muy interesado en las relaciones de objeto y también otro analista, aunque eminentemente de Mitchell y su capacidad de definir un nuevo territorio, y planificar cómo desarrollar algo nuevo. Aportó eso a nuestro programa y se lo aportó a un montón de gente, fundando Dialogues, y pudiendo nombrar algo que podíamos crear: un nuevo plan. Para mí gran parte de mi formación analítica resultaba inútil. Lo que realmente me resultaba de utilidad provenía de la psicología del self, que era tan fuerte entonces. A principios de los 80 Kohut y la psicología del self suponían la alternativa clínica a lo

320

freudiano y al estilo confrontativo y duro de los interpersonalistas. Para mí ese fue el modo de encontrar mi terreno intermedio. Así que Mitchell y un grupo de personas de la psicología del self nos ayudaron a darle un rumbo relacional a nuestro programa. Y ese rumbo relacional realmente incluía esos dos aspectos por entonces. Aunque realmente yo estaba muy influida por Fairbairn y Winnicott, recuerda que Mitchell no estaba tan interesado en Winnicott. A él le interesaba Fairbairn. Ahora bien, en muchos sentidos yo me sentía más identificada con lo que él describía como la posición del desarrollo de Kohut y Winnicott. Yo estaba más identificada con esa posición cuando publicó su libro *Relational Perspectives*, yo estaba al otro lado en esa cuestión. Creía que el trabajo sobre el desarrollo que se estaba realizando en la investigación con bebés y desde la psicología del self era muy progresista, y no veía los aspectos patologizantes. Al contrario. Por tanto para mí la psicología relacional y del Self siempre han estado muy cercanas.



De modo que para mí el enfoque relacional y el de la psicología del Self siempre han estado muy cercanos. Como para gente como Michael Slavin por ejemplo, o Hazel Ipp, o Phil Ringstrom, u otros como mi compañero Barry Magid, son dos enfoques que van de la mano. Lo que no quiere decir que la dimensión relacional que introdujo Steve no añadiera nada a la psicología del self. Sólo digo que yo llegué hasta allí a partir de la psicología del self. Porque esto es lo que yo tenía disponible desde un punto de vista clínico. Y si le echas un vistazo a lo que escribí después, como mi artículo sobre el tercero, comprobarás como trataba de trazar los límites de la psicología del self. De hecho esto era lo que planteaba en *The Bonds of Love*, que la psicología del self no deja suficiente espacio como para poder concebir a la madre no sólo como función, sino como un sujeto independiente y separado. Por tanto mi posición siempre ha sido distinta de la de Storolow y Atwood, que provienen también de la psicología del self, y no porque esté en desacuerdo con algunos de sus planteamientos desde el punto de vista clínico, sino porque ellos no pueden comprender el valor o la diferencia entre ver al terapeuta, o a la madre, o a quien sea, como un objeto o como un sujeto. Realmente no entendían lo que significaba, lo que Winnicott quería decir por el objeto que sobrevive y pasa a estar afuera. No podían entenderlo. Para ellos el objeto es siempre un objeto del self. Es siempre una concepción subjetiva. Lo que piensas o sientes realmente no importa: voy a darle a eso el mejor uso que pueda. Esa era verdaderamente la limitación de la psicología del self. No sólo se encuentra diferenciado en cuanto a que es independiente. Está diferenciado en el sentido de

321

que tu acción en relación a mí es lo que me hace sentir que hay una relación viva. De modo que, como el Grupo del Cambio de Boston, toda esa gente que se dedica al estudio de la primera infancia se vio obligada a ir más allá del concepto de objeto del self, porque muchas veces necesitaban poder percibir el intercambio que se produce entre las dos personas. Si tomamos los trabajos de Sandler como ejemplo, que es verdaderamente uno de los autores más importantes en el estudio de la infancia, su interés radicaba en Winnicott. No le interesaba Kohut solamente. ¿Tiene sentido lo que digo?

P: Desde luego. Y pasando a nuestra siguiente pregunta, y de nuevo a los días en los que Stephen hizo sus primeras contribuciones al modelo relacional, ¿qué consideras que ha cambiado desde entonces, tanto en términos de la teoría como de la práctica?

R: Bueno, es todo lo que ha cambiado en los últimos 20 años. Muchas personas han hecho contribuciones, incluida yo misma. Han cambiado tantas cosas que no sé por dónde empezar... es demasiado. Aunque lo que yo trato de enfatizar aquí, lo que veo como algo crucial, tiene que ver con nuestra comprensión del enactment, y los modos en los que el terapeuta aprende a utilizar su propia subjetividad convirtiéndola en una fuerza positiva. Así como a utilizar el hecho de la disociación y el cambio en el estado del self de un modo muy consciente. Como cuando observamos los trabajos de Bromberg, como él emplea la comprensión sobre la disociación y sobre cómo nos disociamos juntos. Por ejemplo, Bromberg se interesa mucho por el trabajo de Allan Schore, ya que este autor confirma la idea de que modificamos nuestros estados del self juntos, en tándem. Bromberg, por ejemplo, pone mucho énfasis en el cambio. Pero entiendo que Mitchell sentó las bases de nuestra posición del modo más claro. Como en *Influence and Autonomy*, donde describe como debe uno formar parte del problema para poder ser parte de la solución, que vuelve sobre las ideas de Fairbairn, en cuanto a que uno debe implicarse en enactments con los pacientes, para llegar a entender algo no sólo sobre ellos, sino sobre como nosotros somos con ellos. De modo que algunas de las cuestiones más importantes y radicales que hemos descubierto tienen que ver con el modo en el que ha cambiado el analista. Slavin escribía acerca de cómo el analista debe cambiar. Davies, sobre el impacto que el paciente tiene sobre ella y como ella misma debe cambiar durante el tratamiento. Bromberg también habla sobre esto. Hay quien opina que los momentos clave de los enactments son como una forma de exageración. Que hacemos mucho más trabajo, y de vez en cuando se producen estos momentos heroicos en los que se produce algo dramático. Pero yo no creo que esto sea exactamente así. Pienso que incluso en los momentos menos intensos estamos tomando decisiones todo el tiempo, acerca de qué parte de nosotros mismos utilizar: nos encontramos luchando contra diferentes partes de nosotros mismos que surgen en relación al paciente. Así que creo que se puede afirmar que el enactment es verdaderamente crucial. Creo que también es posible afirmar que la diferencia principal entre nosotros y el enfoque clásico es que este último aún opina

que es una necesidad desafortunada, o inevitable, el que nuestra subjetividad entre en juego. Como si existiera un mundo ideal donde esto no ocurriera. En lugar de situarnos en la realidad de que hay dos personas en la habitación y que debemos aprender como nuestra experiencia subjetiva personal le va a resultar útil a la otra persona, no sólo porque estamos capacitados para pensar e identificarnos, sino porque verdaderamente vamos a interactuar y a modificar el campo. Así que opino que todo el mundo está peleando con las mismas cuestiones: qué significa realmente que haya dos personas en la habitación. Nuestro conocimiento, nuestra comprensión de esto se amplía constantemente.

P: Puede que pensemos más sobre el terapeuta que sobre el paciente.

R: A veces sí, pero verás, creo que si eres más joven y te estás formado en este sistema, te resultará mucho más sencillo.

P: ¿Porque podrás ser más objetivo?



Estarás menos inhibido por tu propia formación. Tendrás menos ansiedad sobre hacer cosas y decir cosas que te dijeron que no hicieras ni dijeras. Por ejemplo, una supervisando mía me describía como le decía a su paciente: veo que cuando yo me preocupo de cómo llevas las cosas con tu pareja, puede que esté suprimiendo parte de tu ansiedad y de tu rabia sobre los modos en los que debes acomodarte a ella. Esto se debe a mi preocupación de que tu relación no funcione. De modo que podría estar empujándote, aunque no sea conscientemente, hacia una posición de

reconciliación, que no de conciencia. Mientras que un analista clásico podría haber dicho, claro que no debes hacer eso, claro que no debes tener ningún deseo en relación al paciente, claro que debes permanecer neutral y no importarte si el matrimonio se rompe. Y eso son tonterías. Y lo sé porque estuve una vez en una reunión en la que un grupo de analistas clásicos incidía en cómo su análisis había concluido una vez sus pacientes se habían casado y vivido felices para siempre. Era por tanto el objetivo del análisis. Pero si el objetivo del análisis era que el paciente se casará, tuviera hijos y viviera feliz para siempre, y resolviera su Complejo de Edipo, como puede a la vez sostenerse que estaban siendo neutrales, y que no les importara que esto fuera a suceder. Desde luego. De manera que cuando le dices a un paciente, me doy cuenta de que me he mostrado más ansioso por que permanecieras con tu pareja que de que te sintieras seguro, entonces el paciente, en lugar de decir: cómo puedes traicionarme de este modo y no permanecer neutral, ya que carece realmente de esta expectativa; el paciente podrá decir: sí, creo verdaderamente que eso es lo que sentía el otro día cuando me enfadaste. Yo quería que apoyases a esa parte de mí que está enfadada y protestando acerca de todo a lo que tengo que renunciar para continuar con mi relación. Así que se puede hablar sobre ello, porque lo sucedido es sin lugar a dudas una forma de escisión. Cada participante ha tomado una posición, y de este modo sí puede analizarse. Pero si el analista debe negar que tuviera un interés, y que estuviera más interesado en una parte del paciente que en la otra, porque se relacionaba con ella como una madre preocupada, no llegaremos a ninguna parte. Y lo que quiero decir es que esto resultará más sencillo para alguien que ha sido socializado en este modo de pensar, en el hablar al paciente de un modo que no genere un enorme nivel de ansiedad, porque el paciente asumirá como algo natural el que tú sostengas una postura subjetiva; que debas admitir que tenías un cierto interés. Esto no desorganizará al paciente. Sólo a nosotros porque teníamos que cumplir determinadas normas.

P: ¿Estarías de acuerdo con la afirmación de que el funcionamiento mental, o lo intrapsíquico, entendido como modelo de funcionamiento interno, equivale a lo defensivo?

R: No. Necesitamos disponer de modelos de funcionamiento internos. ¿Qué tendríamos si no? Disponemos de modelos de cómo funciona el apego, por ejemplo. Y disponemos de más de un modelo. El desarrollado en relación a nuestra madre, a nuestro padre, hermana, hermano u abuela, etc. Desde luego que lo que es defensivo es cuando no te permites ser consciente de cómo estos modelos entran en conflicto. Y en lugar de ello haces como si fueran todos los mismos. Como si sólo fueras una persona cohesiva. Y así negar que una parte de ti te empuje en una dirección y otra en otra. Eso sí es defensivo. Porque te estás dissociando para no sentir que tienes diferentes sentimientos en paralelo a dichos modelos de funcionamiento internos. Por tanto es la disociación entre tus diferentes modelos lo que es defensivo, no el tenerlos. ¿Qué tendríamos si no? Necesitamos esquemas

interactivos. No sé si tenemos que llamarlos modelos de funcionamiento internos, eso es otra historia. Aunque no me preocupa la terminología que utilicemos.

P: Sí. Conceptos muy similares con nombres distintos.

R: Sí. Exactamente.

P: Otra cuestión se refiere al reconocimiento, entendido como algo fundamental para la comprensión del funcionamiento mental de los seres humanos. ¿Cómo llegó a ocupar un lugar tan relevante en tu pensamiento, especialmente en cuanto al trabajo terapéutico?

R: Bueno, desde luego yo nunca pienso sólo en términos del trabajo terapéutico. Siempre pienso en términos de lo que yo experimento; de lo que vive mi hijo; de lo que experimentan mis amigos o mi pareja. No pienso nunca sólo en términos de lo que experimenta mi paciente o de lo que hago yo con mi paciente. Para mí la idea del reconocimiento surgió, por un lado, como consecuencia de la experiencia en mi propio análisis de sentirme conocida, de sentir que la mente de otra persona y la mía pueden conectar y puedo sentirme conocida. Y por otro lado, a partir de pensar en los bebés y niños pequeños, en el hecho de que casi todo lo que hacen implica un nivel de reconocimiento por parte del adulto. Desde el principio, debo reconocerte que tienes hambre o sed, o que estás cansado o mojado. Reconozco que necesitas que te coja en brazos, o te meza, o te tranquilice, o lo que sea que deba hacer para ocuparme de tus necesidades siempre implicará el reconocimiento de algo. De modo que a un nivel básico reconocemos las necesidades y el afecto del otro como algo esencial. Estos son los elementos más básicos. Pero al mismo tiempo también estaba muy interesada por la cuestión de qué hace a las personas poder mostrarse proactivas, en lugar de impotentes. Y esto no se refiere a cómo ser independiente, sino a cómo ser activos dentro de nuestras relaciones de dependencia, asumiendo que en realidad siempre somos dependientes. De modo que la cuestión de cómo aprendemos a ser activos en cuanto a la expresión de nosotros mismos y en nuestra implicación con los demás es algo que ahora se refiere en muchos trabajos, por ejemplo en los trabajos sobre trauma de Steven Porges y Pat Ogden. Desde este punto de vista, la primera línea de actuación del ser humano cuando algo le va mal es activar su sistema de apego. Lo primero que debe de hacer un bebé cuando se siente amenazado, o tiene alguna necesidad, es hacer uso de su sistema de apego, o sistema de participación social, como lo llama Porges. Por tanto, desde este punto de vista, el nivel más alto de actividad es el poder movilizar tu capacidad de interacción con las otras personas, para así poder lograr tus objetivos. En un segundo nivel es necesario también poder manipular objetos: conducir un coche, o lo que sea es necesario: saber rellenar formularios de hacienda; para poder ir a la universidad tienes que saber rellenar el formulario, ya sabes todos estos problemas vitales. Pero lo primero que debes poder hacer es conseguir la participación de otra persona, en interacción contigo, para lograr tus objetivos o la satisfacción de tus

325

necesidades, incluida la necesidad de atención: si no obtienes atención tampoco puedes desarrollar te. Por tanto, el concepto de agencia está directamente relacionado con el de reconocimiento, porque si yo te hago un gesto y tú no lo reconoces, entonces yo ya no poseo agencia alguna. Es como si le estuviera hablando a la pared, como se suele decir, ¿no?



P: Casi como si no estuvieras hablando en absoluto.

R: Sí, exactamente. De manera que la falta de reconocimiento puede eliminar el sentido de agencia de la persona y hacerla sentir totalmente impotente. Esta idea conlleva varios aspectos: por ejemplo, si formas parte de un grupo oprimido, también resultas invisible. De manera que tú displacer, tu infelicidad, tu dolor, tu trabajo, tu sufrimiento, todo lo que haces por el maestro, resulta ignorado e invisible. Así que la falta de reconocimiento supone que incluso si estás trabajando y haciendo, en cierto modo, tu trabajo y tus acciones nunca alcanzan un valor subjetivo pleno para ti, debido a la falta de reconocimiento. De esta manera te tornas socialmente impotente. A mi modo de ver una de las

ventajas del término reconocimiento es que puede aplicarse al reconocimiento de las acciones de un bebé, pero también a lo que sucede con los grupos oprimidos. Y existe además un tercer aspecto del reconocimiento que tiene que ver con la diferencia. Yo puedo reconocer que a ti no te gusta lo que a mí y que no quieres lo mismo que yo. Si soy un bebé y agarro un cuchillo de la mesa y tú me lo quitas, yo sentiré que no quieres lo mismo que yo. Todavía no estoy capacitado para entender que los cuchillos son peligrosos. Sólo entiendo que tú quieres algo distinto que yo. Lleva un tiempo entender el significado de todo esto. Y entretanto voy asumiendo que, en muchos sentidos, la gente de la que dependo ve las cosas de un modo muy distinto a mí. En parte debido a mi ignorancia, porque aún no sé que determinadas cosas son peligrosas, pero en parte por otras razones. Como por ejemplo cuando agarro una taza y empiezo a golpearla contra la mesa. Siento que hace un ruido fabuloso [ríe]. De modo que un bebé está constantemente negociando la diferencia.

P: Obtener reconocimiento en la vida adulta resulta verdaderamente difícil...

R: Sí, obtener reconocimiento del otro que es diferente es otra historia, ¿no? El nivel de reconocimiento del otro que quiere hacer algo distinto de lo que se hace en tu

326

país, o que quiere algo distinto para tu propia vida... esto es un enorme problema [ríe]. Es algo que nunca llegamos a superar... que, verdaderamente ¿cómo de distinta es la experiencia de querer golpear la taza contra la mesa y que no nos dejen? [ríe] Comienza muy temprano...

P: Centrándonos en el desarrollo mental desde la infancia, la mayoría de los patrones mentales que tenemos son negativos. ¿Opinas que el reconocimiento positivo debería tener un rol más prominente que el reconocimiento negativo?

R: No estoy segura de si yo hablaría de reconocimiento negativo. Aunque sí hablaría de negación. Así que sí, estaría bien que cambiara el equilibrio entre el reconocimiento y la negación pero, ¿qué significa esto exactamente? En cada situación algo distinto. Es por ello que introduje la idea del tercero. La idea del tercero o terceridad tiene que ver con una condición o un conjunto de patrones relacionales en los cuales es posible el reconocimiento. Aunque el reconocimiento no implica siempre concordancia, ¿verdad? Beebe nos mostró como en la relación bebé-adulto, la concordancia de gestos faciales, cuando era superior a un 33% de las veces aproximadamente, resultaba intrusiva. Lo que es extremadamente importante es la coordinación de intenciones. Y esto es algo que exige del reconocimiento. Existen muchas formas de reconocimiento ausentes en nuestra sociedad y esto es algo a lo que la gente se acaba acostumbrando. Por ejemplo, en los colegios no existe un gran reconocimiento de lo que se siente individualmente, de lo que se cree realmente y acerca de los propios procesos creativos. De modo que nos acostumbramos a este hecho en lugar de a la facilitación de que la persona pueda alcanzar un mayor reconocimiento, del self por ejemplo: esto es lo que a mí me gusta, este es mi deseo. Así que en lugar de algo que facilita el reconocimiento del deseo, uno descubre que debe realmente tratar de ajustarse a determinadas normas de conducta. Lo que importa es el comportamiento y no la intención. Centrarse en las intenciones es lo mismo que centrarse en el otro como alguien que posee una mente, que puedes llegar a conocer su mente y que él puede llegar a conocer la tuya. Lo que evidentemente se relaciona con el concepto de mentalización. Mentalización significa que la otra persona posee una mente que podemos conocer, que no es opaca. Desde luego que todo esto debería recibir más atención pero... [ríe] somos miles de millones de personas en el planeta y va a ser muy difícil.

P: Cambiando totalmente de asunto, en tu libro mencionas el conflicto palestino-israelí. ¿Qué opinas de esto en términos del tercero y de las dramáticas circunstancias que viven ambas partes? ¿Cuál crees que debería ser la implicación terapéutica de los organismos internacionales, como las Naciones Unidas?

R: Bueno, aunque desgraciadamente hace ya bastante tiempo, en 2006, durante la Guerra del Líbano, escribí un artículo sobre esto y traté de publicarlo en un periódico alemán. Planteaba que lo mejor sería que Alemania asumiera

responsabilidad por haber generado las condiciones que causan este conflicto. Sostenía que a mi entender, todos los países son responsables de lo que ocurre en este momento.

En cierto modo más responsables que las personas implicadas directamente en el conflicto. Y que los judíos se sentían aterrorizados por el hecho de que el mundo se mostrara indiferente cuando les enviaban a las cámaras de gas. Y que los palestinos se encuentran ahora aterrorizados y tremendamente inseguros por el hecho de que el mundo ignora lo que Israel les está haciendo, y que incluso apoya por razones geoestratégicas. Así que me refería al concepto del mundo como testigo fracasado; del mundo como comunidad de opinión pública; como tercero; y que fracasa en su función del tercero. Lo cual no significa tomar partido, sino conciencia de las causas del conflicto: ser testigo del sufrimiento en ambos bandos. Ahora bien, yo sugiero que especialmente los alemanes y los británicos, deberían asumir su responsabilidad histórica y así aliviar el peso de la culpa sobre los israelíes y palestinos. Opinaba en dicho artículo también, que la posición de los Estados Unidos resulta realmente cínica. Especialmente por entonces, con Bush y Cheney a cargo. Estados Unidos se comportaba como un traficante de droga que se sienta en el asiento del copiloto y le dice al conductor: atropella a ese peatón, no te preocupes que tengo mucho poder y lo solucionaré con la policía. A tí no te pasara nada. De este modo Estados Unidos le decía a Israel: adelante, bombardea Beirut y nosotros lo solucionaremos con las Naciones Unidas. Lo cual resultaba verdaderamente cínico, porque después de todo, ¿quién es el vendedor de las armas? ¿Y quién tiene este interés político? Desde luego yo no opino que sea el interés político de Estados Unidos, pero Bush y Cheney sí. Entiendo que las razones del conflicto no son sólo psicológicas, sino económicas y materiales por supuesto, pero creo que el punto de vista psicológico es muy, muy real. Que cuando la gente se siente abandonada por el mundo, se comportan de forma consecuente con ello. Si sienten que se les tira a la basura, se les ignora, sienten que no hay razón para no comportarse de modo violento. Durante la Guerra del Líbano recibí un correo que decía que Olmert había hecho unas declaraciones que me parecían tan sorprendentes, que estaba convencida de que no podían ser ciertas. Me lo había enviado un estudiante mío de origen israelí. Estaba en el periódico. Olmert había dicho tras el bombardeo de Karkana, que era dónde la ONU repartía el pan a los refugiados, y donde mujeres y niños habían sido bombardeados y asesinados en los camiones, Olmert había dicho que había sido un acto verdaderamente inhumano y que seguro que el mundo tenía en ese momento una opinión terrible de ellos, pero que, damas y caballeros del mundo, cuando nosotros fuimos enviados a los hornos crematorios, ustedes no bombardearon esos hornos, y por tanto no tienen ustedes nada que decirnos: vamos a hacer lo que nos dé la gana para defendernos. Ahora bien, lo que realmente me pareció asombroso... nunca hasta entonces había oído a ningún primer ministro, ni siquiera a Milosevic decir: no nos importa si dejan de hablarnos, no nos importa si nunca más vienen a visitarnos, no nos importa lo que hagan. Nosotros haremos lo que sea necesario. Porque ustedes nos abandonaron cuando estábamos siendo asesinados. Desde mi punto de vista, el que él se pudiera permitir dar un discurso de esta índole y que

nadie hiciera nada, me parecía increíble de verdad. Me resultaba increíble que los gobiernos del mundo pudieran ignorar un discurso como este. ¿Cuál era el mensaje que les estaba enviando? Les estaba diciendo: hago esto por lo que vosotros me hicisteis a mí. No bombardeó Karkana porque hubiera un grupo de Hezbollah. Hezbollah llevaba allí mucho tiempo. Hago esto por lo que vosotros me hicisteis. Os voy a dar una lección. Nosotros, como psicólogos, es como vemos las cosas ¿no? ¿Queréis saber cómo me siento acerca de que dejarais que nos mataran en las cámaras de gas? Esto es lo que opino.



P: Nos comportamos de forma cruel, pero hace unos años vosotros lo hicisteis con nosotros.

R: Sí, lo que vosotros hicisteis hace 50 años fue mucho peor, así que qué más da...

P: Carecís de toda autoridad moral...

R: Sí, pero es más que eso: quiero que veáis lo que hicisteis vosotros. Esto es lo que yo siento como analista. Desde un punto de vista psicológico esto es lo que hay, ¿no?. Y exactamente lo mismo ocurre con los terroristas suicidas: ¿os pareció bien que los israelíes vinieran a mi aldea y se llevarán a mi marido o a mi hijo, les detuvieran, o quizá les matasen? ¿Os pareció que eso estuvo bien? Pues vais a ver lo que es bueno. Desde un punto de vista psicológico esto es precisamente lo que hace que la gente actúe de este modo. De verdad creo que lo que es verdaderamente importante pensar, para nosotros como psicoanalistas, es cómo los gobernantes del

329

mundo siguen afirmando que es su legítimo interés, que tienen derecho a defenderse, bla, bla, bla. Cada vez que oigo esto me resulta increíble. Me resulta inverosímil que no entiendan que ellos son responsables de lo que ocurre. Es un estado de negación absoluta. Mi interés personal en este asunto radica en que como psicoanalistas podemos tratar de comprender la negación y explicárselo a la gente, aunque hasta ahora no lo hayamos hecho demasiado bien. ¿Y qué es lo que está siendo negado? Me referiré al mundo pero básicamente quiero decir el reducido grupo de personas que están el control de las decisiones económicas. Lo mismo ocurre con la crisis económica aquí en España. Ellos sencillamente no tienen en cuenta a las personas que sufren como consecuencia de sus decisiones. Es como si no fueran seres humanos. No importa si son gitanos judíos o palestinos. O si son mujeres del Congo: sencillamente no importa. Les cogemos y les tiramos a la basura.

P: La negación de las víctimas...

R: Sí, y no tienen un significado como seres humanos para nosotros. Ahora bien, ¿qué le pasa a la gente cuando ve a otros seres humanos de esta forma? ¿De qué parte de sí mismos les disocia? En mi opinión, les disocia de su propia humanidad: de su capacidad de valorar la vida humana. Realmente en América, donde van a misa cada domingo, y rezan, entonces se vuelve especialmente [ríe] especialmente problemático. Aunque es algo problemático también para todas las religiones de Oriente Medio, y de cualquier otra parte. El hecho de que su religión no tenga nada que ver con el tercero. Lo que quiere decir que el tercero fundamental y básico es la valoración del otro: de la humanidad del otro. Esto sencillamente está ausente. Es verdaderamente algo muy sencillo; nada que cualquiera no pueda entender. Pero creo que es algo que realmente debemos seguir pensando. Es nuestra responsabilidad seguir pensando sobre ello. Mantener este problema en nuestra mente. No sé de qué otro modo expresarlo.

P: ¿Seguir enfrentando la disociación?

R: Sí, seguir enfrentando la disociación y mantener en mente aquello que está siendo negado: el que una buena parte de la vida humana no esté mereciendo siquiera ser llorada. No merece siquiera el duelo.

P: Suena verdaderamente duro... Una última pregunta Jessica. Desde luego, no esperamos que seas ninguna profeta, pero considerando tu activa participación, ¿cuáles son tus previsiones en relación al movimiento relacional en psicoanálisis?

R: Nunca sé qué le va a deparar a un movimiento. Yo sólo sé lo que yo pienso [ríe]. Y creo que tenemos una responsabilidad de mantener vivos todos esos insights teóricos muy profundos resultado del trabajo de otras tradiciones, que son menos progresivas que la nuestra pero muy conscientes de, por ejemplo, las partes más primitivas de la psique humana. Son muy conscientes del modo que compartimos

fantasías inconscientes, de mecanismos como la proyección, etc., que opino que están inscritos a un nivel muy profundo en nuestra naturaleza. Me parece realmente importante mantener esos insights teóricos dentro del marco de nuestro discurso y que podamos seguir utilizándolos para analizarnos así como a nuestros pacientes. Porque pienso que nos hemos interesado por el trauma mucho más que en el pasado, pero aún debemos descubrir porqué nos es tan difícil hacer un buen trabajo con las personas traumatizadas. Así que opino que vamos a aprender de aquellos trabajando desde otras corrientes y que han desarrollado otros modos de trabajo con el trauma. Aunque la diferencia radica en que nosotros nunca nos vamos a ver como manipulando a las personas, sino como parte integral del campo interactivo. Y lo que a mí me interesa especialmente, y que creo que es un camino a seguir, está muy influido por el trabajo de Ferenczi. No en la dirección del análisis mutuo tal y como él lo describía sino algo mucho más sofisticado, pero que entiendo conserva algunas cualidades comunes con aquello. En concreto, el hecho de ser menos deshonestos acerca de nuestra propia vulnerabilidad. De verdad no se me ocurre cómo si no trabajar con determinados pacientes, sin ser mucho más honestos no sólo acerca de nuestras reacciones hacia ellos, sino lo que significa para nosotros estar implicados con el otro hasta ese nivel de dolor y dificultad. No sé cómo vamos a poder hacer esto bien sin volvernos más vulnerables que en el pasado. Por eso entiendo que debe haber transformaciones en la cultura de nuestro trabajo psicoanalítico. La mayoría de nuestros avances en términos del manejo de nuestra vulnerabilidad derivan de nuestro análisis personal. Y pienso que no se ha hecho suficiente en cuanto al trabajo en grupos, para llegar a poder ser más honestos y abiertos sobre nuestras vulnerabilidades, que se ven inevitablemente expuestas en nuestro tarea, y a fin de disminuir nuestra vergüenza. Por ejemplo cuando Ramón [Riera] hablaba ayer acerca del sentimiento que bien podía volver sobre su paciente o sobre sí mismo y sentirse un fracaso por no haber sido capaz de consolarla. Esta es una experiencia que todos nosotros tenemos varias veces a la semana. Pero la necesidad que no hemos confrontado, o al menos ha articulado, es cuánto más podríamos sostener esta vulnerabilidad los unos a los otros. Mi experiencia en este sentido proviene de mi trabajo al frente de proyecto en Oriente Medio donde trabajaba en un equipo en el que sentía que nos apoyábamos los unos a los otros en términos de nuestras vulnerabilidades, de un modo que nunca había sentido en psicoanálisis. Con personas menos juiciosas y con una menor exigencia de perfección, y que sentían que nuestra tarea consistía en darnos un apoyo incondicional. De esta manera resultaba mucho más sencillo admitir nuestros errores y hablar sobre aquellas cosas que nos hubiera gustado poder hacer en su lugar, lo que nos gustaría hacer de modo diferente, sin una sensación de competencia ni de embarramiento del agua con sentimientos de vergüenza, que permanentemente percibo en mis estudiantes de psicoanálisis. Y creo también que hay cosas que podemos aprender de la gente de la psicología humanista, en lo que se refiere a nuestras propias vulnerabilidades. No sé expresarlo de otro modo de verdad, pero creo que es porque nuestro foco está puesto en partes tan primitivas de la mente humana, que son muy difíciles de compartir. Por lo que hemos

construido barreras entre nosotros en lugar de ser más conscientes de cuán vulnerables somos verdaderamente en la situación analítica. Creo que la consecuencia de esto puede ser no implicarnos de un modo lo suficiente mente profundo con el paciente. Expresándolo de un modo extremadamente sencillo, cuando un paciente nos dice que puede que interrumpa su tratamiento, nosotros pensamos: ahora me voy a sentir como un fracaso. Y hay toda una mentira en este proceso. La mentira consiste en que no me siento intensamente apegado a este paciente. No me importa que se vaya; sólo es un paciente. Y a muchos niveles negamos que hayamos desarrollado una fuerte relación de apego con las personas con las que trabajamos. ¿Cómo vamos a ayudarlas a construir relaciones de apego si nosotros negamos que ese apego es mutuo? No es simétrico pero es mutuo, y si lo negamos, ¿cómo vamos a resultarles verdaderamente de ayuda cuando quieran marcharse, porque de algún modo no hemos sentido el suficiente apego hacia ellos, o no hemos sido capaces de demostrárselo? Sólo intento ofrecer un pequeño ejemplo acerca de cuando los analistas se protegen de su vulnerabilidad y piensan: bueno no he manejado ésta o aquella situación correctamente, o no he hecho esto o aquello con el paciente... pero lo que no están confrontando es algo mucho más fundamental: que es que no se permitieron desplegar un apego con el paciente o una preocupación hacia el paciente y el paciente lo podía sentir. Y ahora que el paciente quiere marcharse, siguen sin querer sentirlo. Es esto a lo que me refiero por nuestra propia vulnerabilidad.

P: Y opinas que trabajar en equipo y hablar de nuestros sentimientos de vulnerabilidad con nuestros colegas puede ayudarnos...

R: Sí, creo que hacerlo más es mejor, sí.

P: Además de las supervisiones, claro.

R: Sí, exactamente, sí.

P: Muchas gracias, Jessica, de verdad.

R: ¿Cuánto tiempo hemos estado hablando?

P: Una hora y cinco minutos.

R: [Se ríe]

Sevilla, 14 de Abril 2012



Próximamente: Robert Stolorow

ⁱ Martínez Ibañez, Juan José (2012). Entrevista a Jessica Benjamin. *Clínica e Investigación Relacional*, 6 (2): 317-333. [Recuperada de www.ceir.org.es]